

Obedeciendo al proyecto económico actual –que por cierto es el mismo de los 3 sexenios anteriores sólo que éste descarado y copeteado- el Sistema Nacional de Institutos Tecnológicos (SNIT) se apresta a incorporarse oportunista y prontamente a la tradicional tarea de elogiar cuanta iniciativa provenga del gobernante en turno y –en materia educativa- sumarse a la idea prevaleciente.

Tal es el caso del esquema llamado pomposamente Programa de Innovación y Calidad (PIC) que inicia en su presentación con la tajante e indiscutible frase: El PIC fue emitido por el Ejecutivo Federal. Quizá la emboscada intención consista en no dudar, no atreverse a dudar de que –al ser así- este programa, esquema, modelo, adquiriría el carácter de objetivo, científico e irrefutable dado que el Ejecutivo Federal (como es de todos sabido) es infalible. Simplemente recuérdese aquí aquella frase lapidaria de la edad media que zanjaba toda discusión: Magister dixit.

Pues bien, este PIC considera a toda institución de gobierno federal como una empresa a fin de medirlas con el mismo rasero, certificar su funcionamiento y avalarla con un diploma y una preseña. Lo que no se dice es que a toda aquella institución que consiga la “estandarización” de sus procesos (así se dice premodernos y arcaicos nacos) se le otorgará más\$ apoyo.

El modelo de calidad –afirman- es una guía, una herramienta para el diagnóstico, evaluación y promoción de la cultura de calidad (oh!) y un modelo (eso, el modelo...es un modelo) hacia el desarrollo y crecimiento competitivo. Más adelante se echa mano del rancio discurso de liderazgo, planeación, administración, gestión y mejora de los procesos, desarrollo del “capital humano”...así como su impacto social.

No hay referencia ninguna al cómo se va a ejecutar este genial descubrimiento hecho por expertos ni mucho menos bajo qué circunstancias específicas, elementos o –como a ellos les gusta- “parámetros” va a evaluarse ni por quién, aun cuando sí señalan algunos “criterios”.

Pero ojo, aquí brinca la liebre, aparece el meollo del asunto; obsérvese con atención:

1) Satisfacción del cliente.

Sí. Leyó ud. bien: **cliente**. Así, de un plumazo, de un escupitajo administrativo ingenieril se rompe con toda una tradición histórico cultural educativa y con toda una filosofía de la educación que ha permeado, influido y formado a las generaciones anteriores.

Porque, ¿aún sigue usted leyendo? Yo entiendo desde mi limitado punto de vista que efectivamente hay clientes en las empresas comerciales y mercantiles; clientes hay pues en los mercados y tianguis, en las cantinas;

clientes tienen los abogados (dicho sea con respeto, aunque no con todo); clientes tienen unas distinguidísimas señoras que trabajan en sitios decentísimos y que –previo acuerdo con el usuario en turno- le dan, ellas sí, satisfacción completa.

Pero, ¿el maestro?... Todo aquello que se sujeta, en términos generales, a un esquema de mercado, se prostituye. Todo tiene ahora un precio, no un valor; la medición se da ahora en cantidades monetarias no en calidades humanas.

Se afirma también que hay que conocer las necesidades y las expectativas de los clientes; dar respuestas oportunas a sus quejas y reclamaciones así como determinar el nivel de su satisfacción. Todo bajo un propósito de mercantilizar el proceso educativo.

¿Tiene el maestro clientes? ¿Debe sujetarse esta tarea, acaso la más humanizante de todas, a términos de mercado? ¿Se hablará ahora de oferta y demanda de un servicio? ¿Consumidores...usuarios...precios...productos...?.

¿Dónde queda aquella concepción del estudiante como SUJETO de su propia formación integral si ahora debe ser tratado como un objeto, un producto, una cosa, una mercancía más?.

¿Qué hay de las teorías del aprendizaje SIGNIFICATIVO así como la del aprendizaje SOCIAL HUMANÍSTICO? ¿Se tomaron en cuenta? Vamos...¿se conocen?.

¿Cuál sería ahora en estos tiempos modernos –presagiados y denunciados artísticamente por Charles Chaplin- la pretensión, el objetivo estratégico de la educación? ¿Acaso convertir al estudiante en un producto más en este fenomenal tianguis mercantil a fin de que asuma su próxima e inevitable prostitución ofertando su calificada y “estandarizada” mano de obra?.

¿Nada tiene que ver el arcaico de Platón al referirse a la educación como aquello que debe ofrecer al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que sean susceptibles? ¿Qué hay de los científicos relevantes que trataron este delicadísimo renglón sociocultural?.

Albert Einstein, por ejemplo, afirma: “Una actitud competitiva exagerada se le inculca al estudiante el cual es adiestrado en venerar los logros adquisitivos como preparación para su futura carrera.

“La educación –continúa- además de promover sus habilidades innatas debería fomentar en el individuo un sentido de responsabilidad hacia su prójimo, en lugar de la glorificación del poder y del éxito en la sociedad actual”.

No se quiere caer en la cuenta –por omisión o por ignorancia- que este modelito tiene alcances francamente enajenantes y alejados del sentido prístino, original, auténtico del proceso educativo.

-Que sus consecuencias –de llegar a consumarse- son desastrosas para la comunidad nacional.

-Que, al no revisar la tradición pedagógica cultural (Alfred N.

Whitehead, Bertrand Russell, Paulo Freire, Aníbal Ponce, el mismo B. F. Skinner, Erich Fromm...entre muchísimos otros, como Montessori, Piaget, Pestalozzi o Makarenko) y al ganarles la prisa por obedecer sumisamente lo que viene del Ejecutivo Federal no se colocan en posición de ejercer una mínima apreciación crítica valorativa. Lógico...nadie da lo que no tiene.

Tal vez sea urgente una relectura de nuestros ensayistas: Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Octavio Paz. Tal vez tengamos que hacer explícita nuestra posición: el maestro no tiene clientes, tiene discípulos. Y establece con ellos una relación dialogal, horizontal. Y con ellos y por ellos se inscribe él mismo en este proceso humanístico integral educativo. Porque:

-Nadie educa a nadie:

-Tampoco nadie se educa solo;

-Los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo que les rodea. (FREIRE, Paulo, "La educación como práctica de la libertad" Ed- S. XXI)

El mundo no es, no tiene que ser, un gran mercado global que haga prevalecer las mercancías sobre los humanos. Hay quienes aún creemos que el mundo todavía puede ser un jardín. Y la humanidad...una familia.

Zacatepec, Mor., a 22 de Febrero de 2003